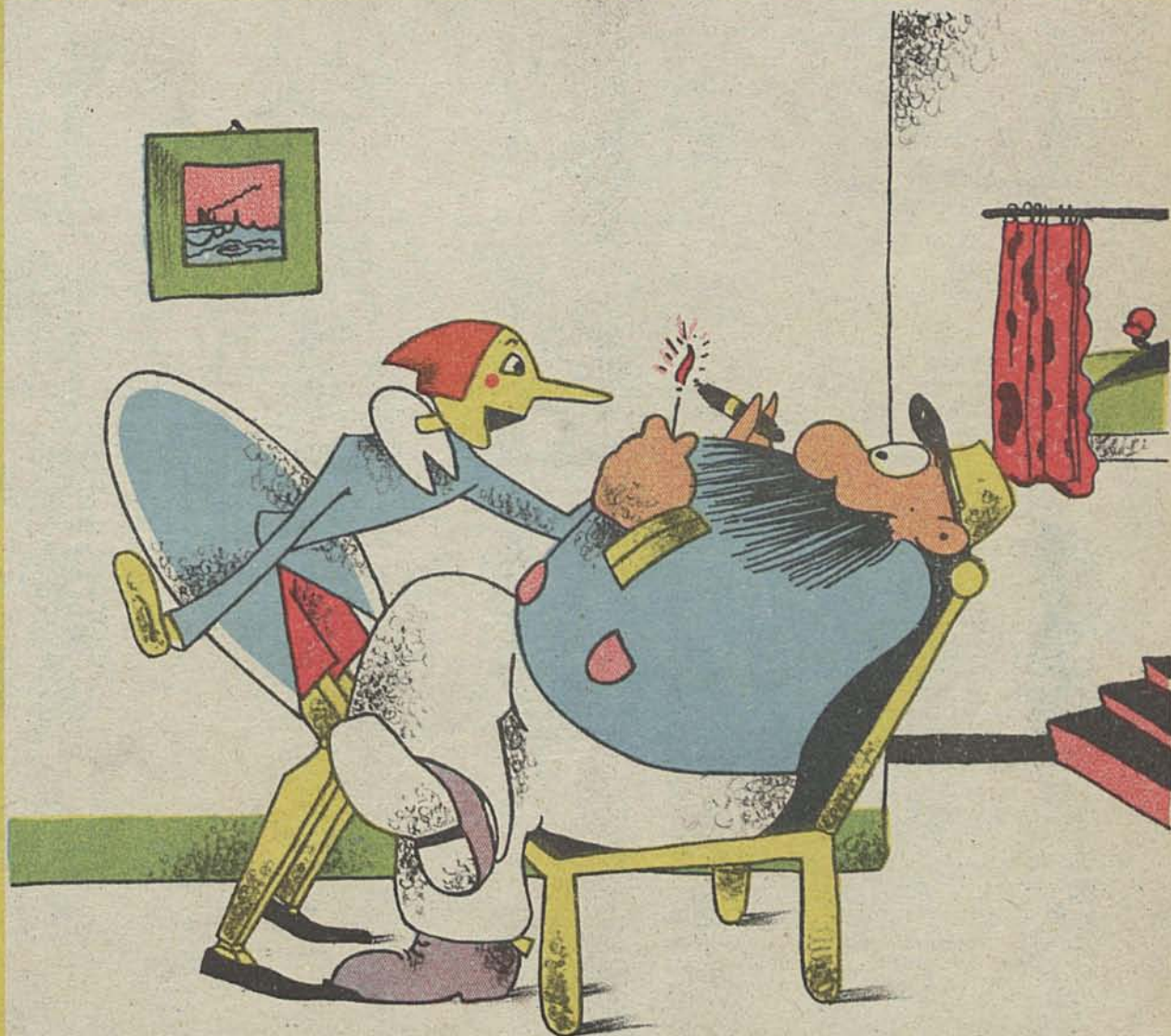


PINOCHO

AÑO VII
NUM. 315

25 cts

1 MARZO
1931



- AYER RECIBÌ UNA CARTA DE DON TURU, INSULTÀNDOME Y PONIÈNDO-
ME VERDE
- ¿Y QUÈ HIZO USTED?
- SE LA DEVOLVÌ SIN LEERLA.

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAÍSES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





Sus últimas palabras fueron apagadas por una nutrida descarga.

Los indios les hostigaban con la esperanza de herir, ya que no a los jinetes, pues sabido es que los *pieles rojas* son muy malos tiradores, al menos a los caballos, que ofrecen mejor blanco.

—¡Dejadlos hacer!—gritó John al ver que Jorge trataba de disparar su rifle—. ¡Aquí se trata más bien de huir que de disparar!

Aunque los caballos daban evidentes muestras de hallarse rendidos, resistían todavía tenazmente, y cada vez que resonaba una descarga aumentaban su carrera, y no, ciertamente, porque se espantaran, acostumbrados, como estaban, a aquellas luchas.

Sin embargo, aquella marcha no podía durar mucho tiempo, no sólo por el cansancio de las bestias, sino por la dificultad que a su carrera oponían las altas y espesas hierbas. Delante de todos, brioso y magnífico siempre, corría el caballo de John, ante cuyo poderoso pecho se tronchaban los juncos y las asfodelas, muy parecidas al áloe, pues, como éste, tienen un largo vástago, en cuya punta se abre una bellísima flor.

Afortunadamente, los caballos de los indios no estaban menos cansados, y esto hacía que, a pesar de los golpes que con las rodillas y los talones les daban los indios, no lograran ganar ningún terreno a los fugitivos.

Otras dos horas pasaron sin que adelantaran nada unos ni otros, hasta que el caballo de John se paró bruscamente.

(Continuación)

—¡Haz un esfuerzo!
¡Camarada!
—añadió.—
¡Duro, y a la...!

—¡By-good!—gritó el *indian-agent*, dándole un espolazo.

El caballo lanzó un relincho de dolor; pero, en lugar de andar hacia adelante, reculó con fuerza, dando un golpe al de Harris, que casi cayó al suelo.

—¡John!—gritaron los dos cazadores, mientras *Nube Roja* colocaba a Minnehaha delante de la silla para librarla de las balas—. ¡Espolea!

—¡No avanza más!—gritó el *indian-agent*, aterrado.

—¿Por qué?—preguntó Harris.

—La hierba es alta y no veo la causa.

—¿Será un lazo tal vez?

—No; lo soltaría. ¡Disparad contra esos perros para entretenerles algunos instantes! Tú, *gambusino*, ayuda a nuestros camaradas, y deja a la muchacha que se la lleven sus compatriotas, si te estorba.

Bajó de la silla, dejándose caer entre la hierba, que tenía más de cinco pies de altura, mientras los dos cazadores, haciendo frente a los indios, les disparaban.

Habilísimos tiradores, como todos los cazadores de la pradera, a los primeros disparos mataron cinco caballos a los indios, obligando a sus jinetes a echar pie a tierra.

También el *gambusino*, para no despertar sospechas, quemaba pólvora, pero sin hacer daño a los indios.

El *indian-agent* exploraba mientras tanto entre la hierba.

—¡Una ciénaga!—exclamó—. ¡No esperaba esta sorpresa!

Volvió a montar a caballo, gritando a sus compañeros, que no cesaban de hacer disparos:

—¡Seguidme, si sois valiente! ¡Mucho cuidado, que hay delante de nosotros un terrible lodazal! Huyamos, pues, procurando bordear el

fango. El instinto de los caballos nos salvará. ¡Hay que llegar a todo trance al gran Lago Salado!

—¡Aguardad un poco, John!—gritó Harris—. ¡Hay que dejar siquiera respirar a nuestros caballos!

—¡Imposible! ¡Los *pieles rojas* están encimal! ¡Espolead sin piedad! ¡Yo, por mi parte, saltó!

Su caballo, herido por un cruel espolazo, se encabritó, furioso; pero en seguida se aventuró por aquella sabana fangosa, salpicando por todas partes chorros de lodo.

Los demás animales le imitaron, y bien pronto los cuatro caballos marchaban trabajosamente con el fango hasta las rodillas.

—¡Parece—dijo John—que alguien nos protege! Creí caer en medio de un remolino de arena y desaparecer para siempre, y he aquí que parece que los caballos han encontrado por instinto un vado en medio de este mar de fango. Dejémosles, que ellos nos pondrán en salvo.

Al ver a los fugitivos lanzarse por aquella laguna de limo, los *chayennes* intentaron seguirles: pero tuvieron que detenerse en la orilla ante el temor de ser tragados por aquella especie de trampa, y se limitaron a hacer varios disparos, casi sin apuntar.

Furiosos los indios al ver que se les escapaba la presa, que ya consideraban segura, y notando que el viento venía del este, apelaron al medio de incendiar los matorrales para cerrar el paso a los fugitivos.

Aunque la hierba estaba bastante húmeda, no tardaron en levantarse columnas de humo y en crepitar en seguida las llamas, formando una vasta cortina de fuego que avanzaba en dirección al Lago Salado.

No se preocuparon los cuatro hombres de aquel incendio que corría tras ellos, y continuaron su marcha a través de la sabana, animando a sus caballos lo mejor que podían.

Haciendo un supremo esfuerzo, los pobres animales no disminuían su rapidez, si bien algunas veces tenían que detenerse ante el obstáculo que a su marcha oponían varias cenagosas charcas.

A fuerza de gritos y espolazos les obligaban a seguir corriendo, y durante cuatro horas los aventureros no cesaron de estar en peligro inminente de sepultarse en aquel légamo infecto.

Los momentos no podían ser más angustiosos para los fugitivos, y hasta el propio *indian-agent*, tan valiente siempre, se sintió inundado de frío sudor.

El incendio se extendía cada vez más por las márgenes de la sabana, cubriendo el cielo de nubes de humo, en las cuales brillaban encendidas chispas.

Los indios, por su parte, casi ahogados por el humo, habían desaparecido.

Durante cuatro horas no cesaron los aventureros de luchar con el fango de la sabana, que amenazaba tragarles; pero poco a poco el vado comenzó a ensancharse, las hierbas perdieron su tono grisáceo, y el hermoso verde de la pradera apareció de nuevo.

Al fin pudieron salir de la zona de peligro y se hallaron en la *rolling-prairie*, o sea en la pradera ondulada, en la cual ya no había temor de encontrar otro cenagal.

—¡Camaradas—gritó John con voz alegre—, el lago está frente a nosotros!

—¿Le ves?—exclamaron a una Harris y Jorge, que se habían bajado de sus caballos para darles algún descanso.

—Sí; le veo delinearse entre aquellas dos colinas. Si no encontramos ahora la horda de los *arrapahoes*, podremos llegar a la hacienda y cumplir la misión que nos confió el desgraciado coronel.

—¿Llegaremos a tiempo?—dijo Harris.

—En ello confío.

—¿Crees que haya sido ya asaltada?

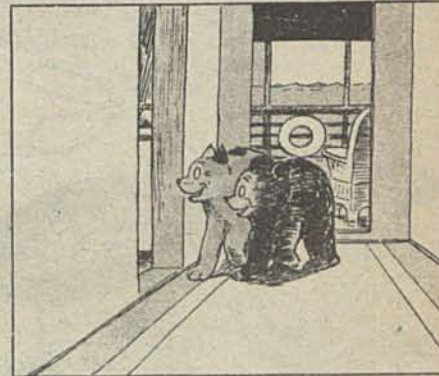
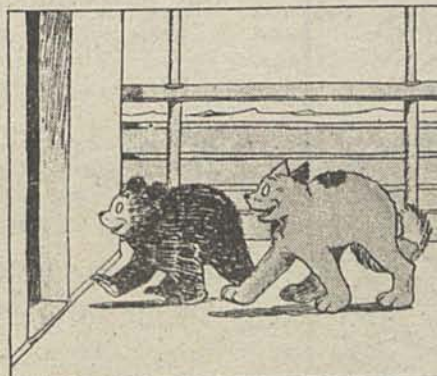
—Si los *arrapahoes* no han recibido todavía la orden de Jalta, creo que no. *Mano Izquierda* debe de estar más al norte, haciendo la guerra.

—¿Conocéis a ese jefe?—preguntó *Nube Roja*, que, como siempre, escuchaba.

—No le he visto nunca. ¿Y vos?

(Continuará en el próximo número).

ANITA BUEN- CORAZON



PASA PASAR EL RATO



LOS ANIMALES TRANSFORMISTAS

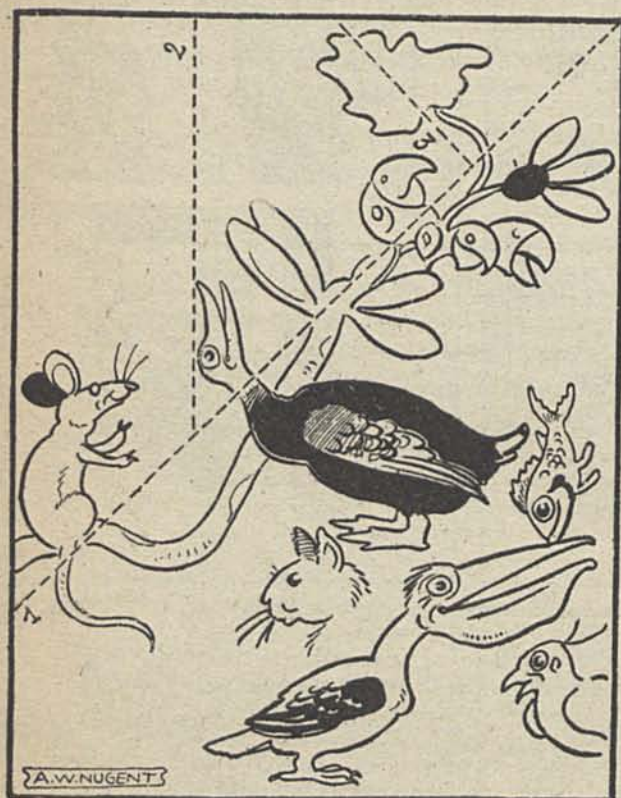
Aquí tenéis una pequeña arca de Noé. Pero no es oro todo lo que reluce.

Quiero decir que estos animalitos no son lo que parecen.

Nada de eso.

Si doblais el dibujo por la línea de puntos número 1, luego por la línea número 2 y después por la número 3 veréis como tenemos razón en lo que os decimos y notaréis grandes transformaciones en los animales en cuestión.

¡Qué sorpresas nos reserva la vida!



LECCION DIBUJO

Hay que dibujar el oso que veis en la parte superior del dibujo.

Sacadle, pues, punta a un lápiz.

Coged una goma.

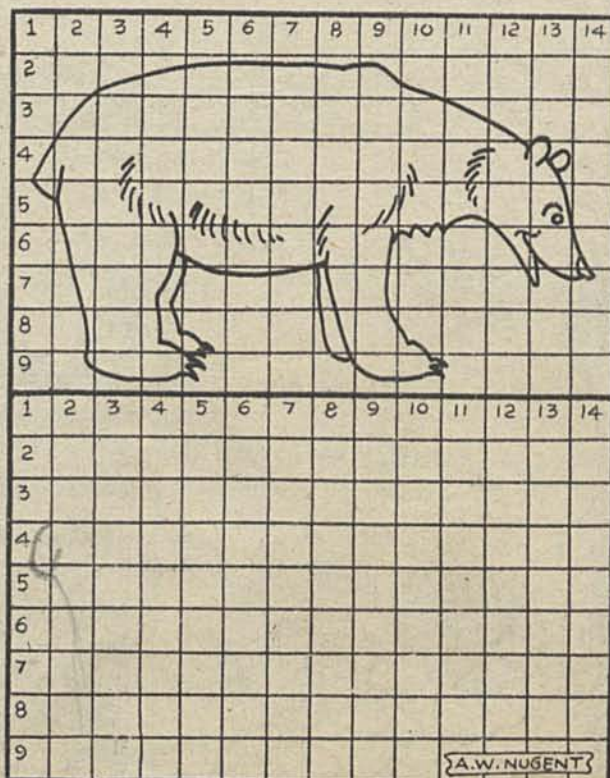
Sentaros en una silla y... ¡a dibujar!

¡A dibujar, amigos míos!

Si no sale bien al principio no hay que desmayar.

La cuadrícula os servirá de gran ayuda.

¡Que paséis bien la tarde!





¿QUÉ QUIERE SABER HOY?



—Dime, curiosísimo Chonón ¿de qué vamos a hablar hoy?

—¿Quieres que hablemos de los faros submarinos?

—Muy interesante. ¿Cómo se te ha ocurrido traer este tema a nuestra charla?

—Porque lei algo el otro día en una revista científica, y me pareció sugestivo el asunto. Yo he visto faros situados en tierra firme, bien para señalar la proximidad de las costas, bien para indicar la entrada de los puertos. También conozco faros situados sobre boyas flotantes; pero faro submarino no he visto ninguno. Supongo que se tratará de un faro sumergido en el agua, ¿verdad amigo buho.

—No se trata de lo que tú crees. No hay, en realidad tal cosa. Escúchame y te explicaré qué clase de aparato es éste por el que se interesa tu curiosidad, y su finalidad práctica.

—Soy todo oídos.

—Los buques que navegan a poca distancia de las costas corren el gravísimo riesgo, sobre todo en tiempo de niebla, de estrellarse contra los peñascos de la costa brava o de embarrancarse en los arrecifes, tan frecuentes en algunos litorales.

—Y también los bancos de arena cubiertos por el mar, ¿no es eso? Recuerdo que me hablaste de ellos, no hace mucho.

—Exacto. También esos bancos ofrecen el mismo peligro. Es decir, el mismo no, sino mayor, porque como están bajo el agua no se ven. Pues bien, hasta ahora, para descubrir estos riesgos se empleaba la sonda, pero este procedimiento está muy expuesto a errores porque las corrientes submarinas la arrastran y no dan con exactitud la referencia de la verdadera profundidad.

Este nuevo aparato, llamado faro submarino ha venido a borrar todos los inconvenientes de la sonda.

—¿Acaba de inventarse ahora?

—No; su invención y sus primeras aplicaciones datan de la guerra europea. Este aparato lo pueden llevar todos los buques que tengan instalación eléctrica.

—Bueno, dime ya de qué se trata porque me tienes impacientísimo.

—Pues se trata de un proyector que lanza a través del agua, sea verticalmente hacia el fondo del mar, sea horizontalmente en sentido de la marcha del buque, ondas de una naturaleza especial. Estas ondas, semejantes a las vibraciones sonoras, chocan con el fondo del mar o con los obstáculos submarinos y, como ocurre con el eco, vuelven al sitio de donde salieron, donde son registradas por el mismo aparato que las emitió.

Te citaré un ejemplo de semejanza para que lo entiendas mejor. Suponte que desde un barco se lanza una pelota contra el fondo del mar y que al llegar a éste bota y vuelve a subir al barco. ¿Comprendes?

—Perfectamente. Y me doy también cuenta de que cuanto mayor sea la profundidad, más tiempo tardará la pelota en volver arriba.

—Pues bien; el tiempo que media entre la emisión de las ondas y la recepción del eco es proporcional a la distancia del fondo o del obstáculo. Es decir, que a mayor profundidad, mayor tiempo en llegar la onda de regreso.

Las ondas que se utilizan para este experimento tienen los mismos caracteres que las ondas sonoras. Lo mismo que ellas, se producen por la vibración de una lámina elástica y recorren también, como las sonoras, unos mil quinientos metros por segundo, en el agua. Pero, por razones de carácter técnico es preciso darles una frecuencia mayor que la de los sonidos musicales y que sobrepasa los límites de la percepción del oído humano.

—¿Quieres decir entonces que no las podemos oír nosotros?

—Exacto. Las indicaciones de estas ondas no las registrarían nuestros sentidos y para suplir este defecto se ha inventado un aparato que se le llama «ojo de cuarzo» que transforma las ondas ultra sonoras en ondas eléctricas fáciles de recoger en cualquier aparato detector de los frecuentemente usados en la telegrafía sin hilos. Así, pues, uniendo el sonido a la onda eléctrica el «ojo de cuarzo» lo recoge perfectamente y aplicado al sondeaje del mar este «ojo de cuarzo» debiera en realidad llamarse «oreja submarina»; pero todavía es más propio llamarle «faro submarino» porque permite, gracias a los actuales perfeccionamientos de que ha sido objeto iluminar el fondo del mar. El observador puede seguir en un indicador luminoso la marcha de la onda ultra sonora, el momento de su partida y el de su regreso, leyendo a la vez en una escala la distancia del obstáculo. Mejor aún: el aparato registra automáticamente sobre un rodillo de papel dos líneas que corresponden, la una a la superficie del mar y la otra al fondo.

Ya te habrás dado cuenta, amigo Chononcito de la importancia del faro submarino.

—Ya lo creo; con este aparato el hombre dispone de un medio para explorar el fondo del mar, cosa que con sus propios sentidos y medios no podría hacer.

—Y así pueden descubrirse los bancos, arrecifes, peñascos y otra porción de obstáculos invisibles que tantas y tantas víctimas cuestan a la navegación. También lo utilizan los submarinos y por él saben a qué profundidad se hallan en relación con la superficie del mar.





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO





COLORÍN y su PANDILLA



CUENTOS DE CALLEJA

JAJÁ Y JUJÚ

Casilla



ONARON las doce de la noche, que es la hora en que suelen pasar todas las cosas extraordinarias, unas veces a la primera, y otras a la última campañada.

Por encima de los tejados se vió cruzar una sombra fantástica: era una bruja montada en una escoba barata, demostrando que la navegación aérea la han descubierto las brujas antes que los sabios.

La sombra describió en el aire unas cuantas espirales, pasó por encima de una horca de la cual pendía un ajusticiado, y después de algunos revuelos, se paró en una ventana, empujó las vidrieras y penetró en la habitación.

La bruja era bastante fea, y llevaba, ¡cosa rara!, un pequeño hombrecillo a caballo sobre las narices, a manera de unos quevedos.

Cuando entró en su casa cogió delicadamente al hombrecillo por el cuello y le puso sobre una mesa, diciéndole:

—No te quejarás del paseito de esta noche, ¿verdad?

—Yo—exclamó el hombrecillo—de lo que me quejo es de que me hayas reducido a esta miserable situación. De dos varas y algo más de alto que tenía, me has achicado con tus hechizos de un modo tal, que parezco un fenómeno de feria más que un ser humano.

—¿De qué te quejas, si lo que te sucede es tu castigo?—contestó la bruja—. ¿No decías que eras un grande hombre, y cifrabas en ello tu orgullo? Pues hete aquí que te encuentras convertido en un bribonazo con sólo haberte puesto en vinagre como a los pepinillos.

—Oiga usted, so bruja, asquerosa; vuélvame usted a mi tamaño natural, o tendrá que sufrir la justa venganza de don Toribio Muerdesillas y Rompecofres.

Soltó la bruja una burlona carcajada, y se puso a cenar tranquilamente unas patatas fritas con bacalao, ofreciendo de comer al hombrecillo.

—Toma, Toribio—decía—; siento no poder obsequiarte con mejores y más exquisitos platos; pero el

oficio de brujo anda por los suelos, y apenas se saca para comer patatas, y que no falten.

El pobre Toribio, sentándose en el borde del plato, comenzó a comer una patatita del tamaño de un cañamón, usando por tenedor un alfiler, que en sus manos parecía un sable de caballería.

Acabada la cena, cogió la bruja a Toribio y lo encerró en uno de esos cuartitos tan lindos que venden en los bazares, y en el cual había una camita, cuatro sillas monísimas y un armario de luna, donde estaba la ropa de don Toribio Muerdesillas y Rompecofres. Todos sus vestidos cabían en un dedal.

El hombrecito se desnudó, y después de rezar fervorosamente, quedó profundamente dormido.

Entretanto la bruja sacó de un armario una varita mágica, trazó con ella un círculo en el suelo, y después ladró tres veces; al momento se oyó un rebuzno, y apareció un borriquito enano con las orejas de oro y el rabo de plata.

Cada vez que andaba producía ruido de monedas, como si el vientre lo llevara lleno de monedas de cinco duros.

—¿Qué me quieres?—preguntó el borriquito.

—Para que me prestes dos pesetas que necesito—repuso la bruja—.

Este mes he tenido muchos gastos con la manutención del prisionero.

—Ya te he dicho—gruñó el borrico—que no tengo suelto. Pero te daré diez duros si pones en libertad a ese infeliz.

—Aunque me dieras once. ¿No sabes que está aquí por orden del terrible Jujú, que si se entera de que no le obedezco me va a convertir en salchichón del malo?

—Contigo no se puede hacer nada bueno, ni siquiera salchichón. Toma diez duros para que mantengas con decoro a ese caballero mientras yo busco el modo de libertarlo.

No bien hubo recogido la bruja el dinero, apareció un oso dando terribles gruñidos.





—¿Ya está aquí Jujú?—preguntó la vieja.

—Sí, pero huelo que también ha estado aquí Jajá. ¿A qué ha venido?

—A pedir que deje en libertad a don Toribio Muerdesillas y Rompecofres.

—Imposible. Ese es un tuno que ha dicho de mí que soy cojo, y eso tiene que pagarlo.

—¿Pero no es verdad?—dijo la bruja.

—Pues precisamente por eso es por lo que me molesta más. Eso de echarle a uno en cara sus defectos es cosa fea y que merece castigo. Vaya, sácame al hombrecillo.

La bruja abrió la pequeñísima habitación, y sacó de ella a don Toribio, dejándole tiempo para que se vistiera.

El pobre hombre, al ver al oso, que todos los días venía a visitarle, se indignó, y desde el velador en que estaba colocado le dijo:

—Mátame de una vez, pero no me atormentes, porque se me va acabando la paciencia, y tan chico como me habéis dejado, aun tengo ánimo para daros un disgusto.

El oso soltó una estrepitosa carcajada.

—Di que no soy cojo y eres libre.

—A cambio de una mentira—dijo noblemente el caballero—, no quiero la libertad. Si yo fuera adulator, diría que te hace gracia el balanceo; pero como es mentira no lo digo.

El oso castañeteó los dientes, y cogiendo al caballero lo tiró al suelo con tal rabia, que lo hubiera estrellado sin la aparición de la maga Filis, que le recogió en su delantal, diciendo:

—Es cobarde vengarse de las ofensas en los débiles. Yo, por mi parte, le protejo contra ti.

Bufó Jujú encolerizado, y comenzó a crecer de un

modo atroz; pero don Toribio dió también un estirón formidable, adquiriendo su verdadera estatura.

La maga se arrancó un cabello, que se transformó en una espada de fuego, y la entregó a don Toribio, que se lanzó denodadamente contra Jujú.

Este se arrancó las muelas, y las tiraba contra el valiente don Toribio, convertidas en balas de cañón; pero la

maga las cogía en el aire y las reducía a polvo inofensivo.

—Mira que te vas a quedar sin dentadura. Tú eres el genio del mal, y yo soy el hada del bien, y he de prevalecer contra ti. Vete, o el dentista va a costarte una fortuna.

—No tengas cuidado; son postizas

—dijo Jujú con rabia—; ahora voy a abrir en canal a tu protegido.

Pero don Toribio se lanzó sobre el mago, y le dió tal sablazo en una pata, que, vencido por el fuerte dolor, se la cogió con ambas manos, y comenzó a gritar, mientras daba saltos a pie cojuelo.

—¡Infame! Me has reventando el callo número setenta y cuatro. Ya estoy cojo de la otra pata.

—Esa dijo el hada con sorna—no será postiza, como las muelas.

Jujú se marchó por los aires en busca de un callista, y en esto apareció Jajá, gritando:

—Buen paso lleva Jujú a pie cojuelo por las nubes. Buena falra le hacía ese castigo. Y tú, Toribio, aquí me tienes dispuesto a llevarte donde quieras, y no me separaré de ti. Soy Jajá emblema de la alegría y de la fortuna.

En esto, la bruja salió gritando que don Toribio le pagara el pupilaje.

¡Granujal—gritó don Toribio—. ¿Qué pides, si eres la causante de todas mis desdichas? Tú fuiste a Jujú con el cuento de que yo había dicho que era cojo; tú me sorprendiste y me entregaste a Jujú atado de pies y manos, y todavía quieres recompensa.

Jajá se volvió de pronto y dijo:

—Toma esos cuartos.

Dió un par de coces y derribó a la bruja, que al caer se deshizo en un montón de aserrín.

Montó Toribio en Jajá; saliéronle a éste unas alas blancas como la nieve, y acompañados del hada, que despedía vivísimos resplandores, llegaron al castillo de don Toribio, quien les dió las gracias, con lágrimas en los ojos, por su protección.

Antes de marcharse dijo el hada:

—Recordar los defectos de los demás con ánimo de molestarles es cosa reprehensible; pero querer vengarse en los débiles es aún más censurable. Acuérdate de que siempre el mal es vencido por el bien.—FIN.



VIDA PINOCHISTA



TEODORO GONZÁLEZ
DE ZÁRATE
Primer premio de colaboración



ALFONSITO SANCHO
Quinto premio de colaboración



GERMÁN GONZÁLEZ
Primer premio de colaboración



JOSÉ GALDONA
Premio de colaboración



VIRGINIA MUÑILLO
Premio de colaboración



PACO PINO
Premio de colaboración



M.ª GLORIA GARCÍA
Segundo premio
de soluciones de problemas y pasatiempo



VICENTE ARENAS
Tercer premio de concurso
de pasatiempos



CORRESPONDENCIA



Los Pinochistas que me escriban para que les conteste en esta CORRESPONDENCIA tendrán que esperar las respuestas unos tres meses (o más cuando haya aglomeración de cartas) por la anticipación con que es necesario enviar el original a la imprenta para que recibáis la Revista sin retraso. Los que tengan prisa y deseen que les escriba en carta particular, deberán enviar con la suya cincuenta céntimos en sellos.

J. L. R.—Agradezco tu interés por mi revista porque creo que te animan por ella los mejores deseos. Ten un poquito de paciencia porque dentro de poco verás hechos realidad algunos de tus deseos ya que has coincidido con varios de mis proyectos. Ahora bien, ciertas cosas que tú consideras poco interesantes son para otros las que más, y viceversa. ¡Es tan difícilísimo dar gusto a todos! Pero paciencia, que todo se irá. Apretados abrazos de tu buen amigo.

ANGEL PRIETO.—Tus tres dibujos que son otras tantas maravillosas obras se publicarán en cuanto les llegue su turno. No dejes de enviarme más trabajos, y no esperes a que salgan estos para hacerme los nuevos envíos porque a causa de los muchos que hay esperando turno pueden tardar un poquito. Tuyo.

ALBERTO VAUDEN EYNDE.—Querido Albertito: a mí me parece tu dibujo una cosa acertadísima. Es un indio admirablemente resuelto; seguridad en el trazo y simplicidad en la ejecución. Defectos no le encuentro ninguno. Te lo aseguro con toda mi sinceridad, que es mucha. Recuerdos de Currinche, don Turu, Tin, Ton, etc. y un fuerte abrazo de tu incondicional.

QUELITA ARTIEDA (Una Argentinita).—Yo no sé si habré recibido tus dibujos, porque me es punto menos que imposible comprobarlo. ¡Si vieras el montón de trabajos en espera de turno que se alza en mi mesa como una

pirámide! Lo que sí puedo asegurarte es que si están en mi poder se publicarán. Mándame más cosas y así verás aparecer trabajos tuyos en mi revista con frecuencia. Abrazos míos y de toda esta familia pinochista.

ANTOÑITO DE LA CRUZ.—Tus dibujos merecen, desde luego, todos los honores de la publicación y, por tanto, se le rendirán éstos tan pronto les llegue su turno. Mándame más cosas y no dejes de trabajar porque tienes grandes aptitudes para el arte de Goya. Tuyo incondicional.

LUCAS LIZAUZ.—El envío del retrato es cosa voluntaria, como es natural. Se pide a los pinochistas premiados para que en las columnas de mi revista aparezcan sus efígies en honor al mérito de sus trabajos. De lo demás de tu carta puedo decirte que poco a poco llegará todo. Desde luego, el próximo año pienso publicar un estupendísimo almanaque, superior a todo lo hecho hasta ahora. Tuyo siempre.

Pincho

COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE MARZO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Animales conocidos. M. de Elzaguirre



Pierrot
R. Carmona



Príncipe Alfonso.—Jesús F. Mesa



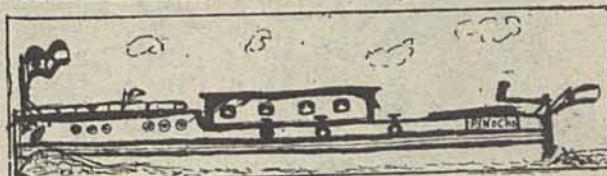
Un hindú
C. Babé



Gnomo corriendo
A. Sanjuan



Marinero
Andrés Iturriz de la Rosa



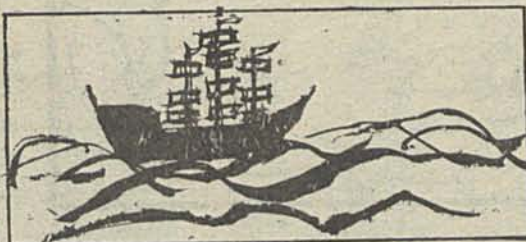
Gasolino.—P. Castellanos



La iglesia de mi pueblo
Emilia Sevillano



Un cuadro de efecto
Matilde Cabello



La carabela de Colón.—G. Zobel



Una chica guapa
Gloria Zobel



Un castillo
Manuel Fernández



Un señor
Domingo Sánchez



Pinocho boxeador
Virginia Merillo



Valdepeñas.—P. Fresno



Escena.—M. E.



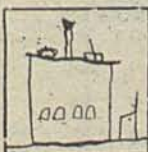
Un paisaje
Salvador Pérez



Castillo
Un desconocido



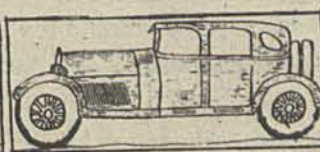
Marina.—José M. Pou



Mi cocinita
Matilde Cabello



Acorazado.—R. M. Arriola



Mi automóvil.—Enrique Arias



Paisaje por Nina



Marita por Nina



Un catedrático
Cándida de la Vega



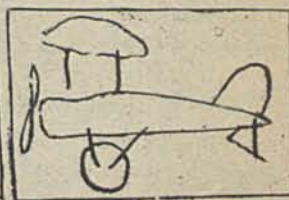
Niña bien
Teresa Ballester



Cabeza
Paquita Lillo



Auto.—Pepe Warleta



Aeroplano.—Pepe Warleta

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE MARZO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

LOS CUATRO NIÑOS



Cuatro niños, hijos de un leñador napolitano, estaban cogiendo ramas en el bosque cuando de repente vieron aparecer a un venerable anciano, tocado con un original sombrero y armado de una temible hacha.

Al verle los cuatro niños se asustaron mucho y corriendo, se escondieron donde pudieron.

¿Podéis decir vosotros, inclitos camaradas, donde están escondidos los cuatro jovenzuelos en cuestión?

Aquí tenéis otra vez al viejo del hacha. El que causó tanto susto a los cuatro niños del dibujo anterior.

Sin embargo, el tal viejo no es un ogro, como muchos de vosotros habréis sospechado.

Es, más bien, un infeliz.

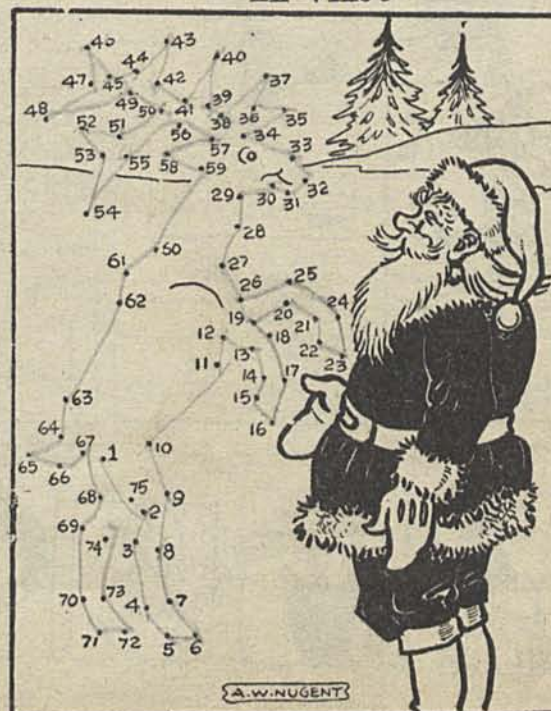
Tan infeliz que se está riendo con toda inocencia de unos números que hay en el aire sin sospechar que bajo estos números se oculta la figura de un animal...

De un animal tan miedoso como los cuatro niños del dibujo anterior.

Pronto sabremos quién es tal animal si cogemos un lápiz y con delicados trazos unimos los números, comenzando por el 1 y siguiendo, amigos míos, el orden correspondiente.

Adios, pues, y hasta el domingo que viene.

EL VIEJO



CUPÓN DE SOLUCIONES DEL MES 315
DE MARZO

Envío del Pinochista D.

SOLUCIONES DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE SEPTIEMBRE

LA GRANJA MISTERIOSA



LOS CUATRO PERROS



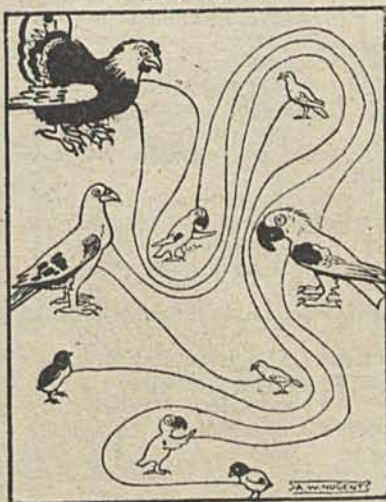
LOS ANIMALES MISTERIOSOS



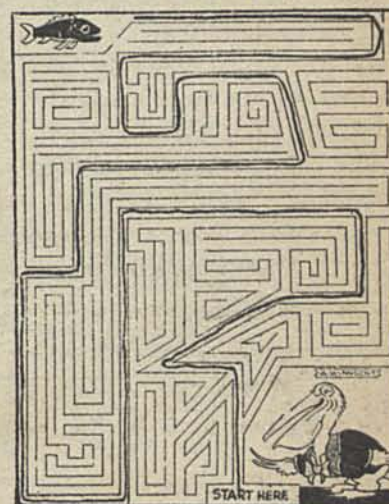
LOS LOBOS



LOS HILOS



EL CAMINITO



SECCIÓN PIRULA

Charito de Pirula... bordadora

LAS CUENTAS DE ROSARIO



Las cuentas de que se componen los rosarios (esto lo parece solamente si se oye leer; y no se sabe si Rosario está escrito con mayúscula o no).

Esto de las cuentas de Rosario, al leerlo no hay quien sepa lo que quiere decir.

Porque puede ser cualquiera de estas tres cosas:

O las cuentas que hace, con números, una Pirulinda llamada Rosario.

O en fin, las cuentas de cristal, de madera o de porcelana que tiene para jugar y hacer collares esa Pirulinda.

Descartemos lo primero, puesto que, como veis Rosario

es una Pirulinda

está escrito con mayúscula; en efecto, Rosario es una Pirulinda que siempre ha sido muy aficionada a las cuentas.

Pero ¿a las cuentas de colores o a las cuentas... de números?

No, no, a las de números, no, pues, yo no sé por qué será, pero es el caso que son poquitas mis Pirulindas aficionadas a las matemáticas.

Ya veis lo aplicada que es Rosario que se sabe los nombres de los reyes godos casi tan bien como los de los ases del cine sonoro. ¡No os digo más!

Pero lo que es de cuentas... ¡Esa tabla de multiplicar! ¡Ese ocho por nueve! ¡Ese siete por ocho!

En cambio, las otras cuentas la han entusiasmado siempre.

No aprecia ningún regalo tanto como ese; cuentas de madera pintadas de purpurina y enhebradas en largas hileras; cuentas de cristal o de porcelana mezclando sus mil colorines en bolsitas de tarlatana o dispues-

departamentos. Y nada la divierte tanto (exceptuando, naturalmente, la lectura de las «Aventuras de Pinocho» o de los libros de la «Biblioteca Perla»), como combinar cuentas y enhebrarlas formando joyas magníficas para sus muñecas.

Ni en la India ni en los cuentos de hadas (que es donde las princesas visten con más lujo) se ha visto nunca ninguna hija de rey o de maharajá, con tantas alhajas como las muñecas de Charito.

Pero lo más maravilloso de todo es que todos estos collares, pulseras y sortijas son de transformación; cuando Charito se cansa de verle a su muñeca Daddy (la grande, de trapo, que anda y mueve la cabeza al andar) un collar de esmeraldas, otro de rubíes, tres pulseras de perlas y brillantes y una gargantilla multicolor, lo cambia todo y le hace una pulsera de rubíes y esmeraldas, un collar de brillantes, otra pulsera de etc..., etc...

Lo que la molesta a Rosario es no poder llevar ella también esas magníficas joyas de su fabricación personal. Pero mamá no quiere y ella misma comprende que esas joyas, por muy magníficas que sean, deslucirían al lado de las suyas que son modestas, discretas cual corresponde a joyas de niña, pero son buenas: un collarito de coral rosa, una cruz con cuatro perlas chiquitinas, una pulsera de cadenita, un imperdible de oro, y una sortija con una turquesa.

Sin embargo, hay un medio para que Rosario utilice sus cuentas muñita, pero no bordado.

Precisamente están facilísimos sepa bordar y cuando, navia mente

Puede ha-

mente los bordados de cuenta ahora muy de moda y son de realizar— aunque no se ni a punto de cruz—siempre naturalmente, el dibujo esté pre-

terse este bordado sin que alguno, esparciendo las cuentas separadas unas de otras, pero aun cuando luego el efecto sea de que las cuentas han caído al descuido, es imprescindible pegarlas ordenadamente, formando líneas de cuentas, aun cuando luego no se note que están pegadas con toda regularidad.

De este modo pueden cubrir por entero una prenda, como por ejemplo un juego

de cuello y puños, o una torerita.

También pueden pegarse las cuentas muy apretadas unas junto a otras formando una franja pesada de un aspecto muy lujoso, pues se necesita muchísimas para cualquier trozo de tela, naturalmente, esta es la manera menos «divertida» de colocar las cuentas.

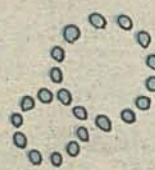
En estos dos casos, las cuentas deben ser todas de un solo color.

Si preferís entreteneros en formar dibujos, aquí os presento cuatro modelos diferentes, que se prestan lo mismo a reproducirse con cuentas de un solo color que a combinar dos colores o color con negro, sobre fondo claro, o un color y blanco, sobre fondo oscuro.

Un dibujo está formado por cuadritos de cuatro cuentas; otro por circulitos con una cuenta en el centro; otro con triángulos, de diez cuentas cada uno; y otro, en fin, de dos círculos que forman ochos.

Y ya que hemos empezado nuestra charla de hoy con un chiste malo, lo terminaremos con un chiste... peor.

Y es que me parece que los ochos son un dibujo muy indicado para las cuentas.



tas, ordenadamente, clasificadas por colores en cajas de cartón, divididas en